Obispo mudó á la catedral la sagrada imagen de la Reina del cielo que tenía en su oratorio para que toda la gente la viera.

26. Toda la ciudad se alborotó para ver á su santísima imagen; veían como milagrosamente apareció y que ninguno del mundo la había pin-

Ilmo. Sr. Fr. Juan de Zumárraga.

tado en la manta de Juan Diego: en la que milagrosamente apareció la sagrada imagen de la Reina del cielo era ayate, un poco grueso y bien tejido, porque en aquel entonces todos los naturales se cobijaban con ayate: solamente los nobles, los caballeros y los capitanes de guerra se adornaban con mantas de algodon ó con mantas de lana.

27. El estimado ayate en que apareció la Purísima Virgen, nuestra soberana Reina, es de dos piezas, cocido con hebras de algodón, de alto lo de su santísima imagen desde la planta del pié hasta la coronilla tiene seis cuartas, y una cuarta de mujer; su santísimo rostro, es muy hermoso, sério y un poco trigueño; su precioso cuerpo, segun está, es humilde; en el pecho tiene puestas las manos, el cinto con que está amarrada es morado, su pié solamente en el lado derecho, un tanto cuanto, está asomando la punta, su zapato es de color de tierra, su vestuario es atochomitado, segun parece en el sombrío es como encarnado y bordado con diversas flores que por todas las orillas están doradas; está pendiente de su garganta con una ruedecita dorada que con una línea negra está guarnecida alrededor; en medio tiene una cruz, tambien de hácia dentro se descubre otro vestuario de algodon blanco con puntas como melindre que llega hasta las muñequillas. El vestuario de encima es azul celeste que desde la cabeza viene hasta los piés, un poco en medio tiene un doblez, alrededor está dorado, un poco ancho es el filo dorado y por todas partes tiene estrellas doradas que todas son cuarenta y seis, y su santísima cabeza hácia el lado derecho está inclinada; y en la cabeza sobre su vestuario tiene una dorada corona, con sus rayos y á sus piés está la luna que están mirando sus cuernos hácia arriba, muy en medio de ella está parada la Purísima Virgen y también, segun parece, muy en medio del sol que con sus rayos la está rodeando por todas partes; ciento son los dichos rayos, unos son grandes y otros chicos, doce de ellos son los que rodean su santísimo rostro y su santísima cabeza, por todos en una y en otra parte tiene cincuenta y al fin de la orilla de la manta por alrededor con blancas nubes está rodeado; esta divina imagen con todo lo referido está parada sobre un ángel de medio cuerpo que como entre nubes está metido, al acabar la orilla del vestuario de encima de la Reina del cielo, hácia

Canónigo Juan González.

sus santísimos piés garbosamente está haciendo dobleces del uno y del otro lado lo está agarrado el dicho ángel. El vestuario de éste es encarnado que con oro está pendiente de su cuello, sus alas con varias plumas están hechas ó compuestas, segun parece, como que está muy alegre de cargar á la Reina de los cielos.

***

El texto de la anterior relación, como queda dicho, es el que en lengua nahuatl publicó el Br. Luis Lasso de la Vega, Capellán del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en México el año de 1649, la cual se mandó traducir literalmente y palabra á palabra por el caballero Don Lorenzo Boturini.

De la copia autorizada existente en el archivo del Cabildo de la Colegiata, se tomó lo publicado en las páginas precedentes.

EN el Oficio nuevamente concedido y aprobado por nuestro Santísimo Padre el Sr. Leon XIII, se relata la tradición y culto guadalupanos, en los términos siguientes:

Para Maitines.

Segundo nocturno.

LECCION IV.

En el año mil quinientos treinta y uno de nuestra redención, la Virgen Madre de Dios, segun consta por antigua y constante tradición, se mostró visible al piadoso y rústico neófito Juan Diego en la colina del Tepeyac, de México, y hablándole cariñosamente le mandó presentarse al Obispo, y que le notificase que allí se le fabricara un templo. Para indagar ingeniosamente la verdad del mensaje, aplazó la respuesta Juan de Zumárraga, Obispo del lugar; pero al ver que el neófito, de nuevo conmovido por la segunda aparición y mandato de la Beatísima Virgen reiteraba su embajada con lágrimas y súplicas, le ordenó que con empeño pidiera una señal por la que se manifestase la voluntad de la gran Madre de Dios.

LECCION V.

Tomando el neófito un camino más apartado de la colina del Tepeyac, y dirigiéndose á México para llamar á un sacerdote, con objeto de que su tío, acometido de gravísima enfermedad, no muriese sin los últimos sacramentos, la Benignísima Virgen le salió al encuentro por tercera vez; afligido por la salud de su tío le consuela y arreglando en su tilma hermosísimas rosas que recientemente habían brotado, á pesar de la aspereza de aquel lugar y del rigor del invierno, le ordena llevarlas al Obispo. Obedece Diego el mandato, en cuya tilma al caer por el suelo las rosas en presencia del Obispo, se vió maravillosamente pintada la imagen de la Santísima Virgen, exactamente en la misma forma en que había manifestado en la colina cerca de la ciudad. Conmovidos los habitantes por tan extraordinario prodigio, procuran guardar cuidadosamente en la capilla Episcopal la religiosa imagen, que poco despues fué trasladada con solemne pompa á la capilla que se le había edificado en la colina del Tepeyac, distinguiéndose por la singular veneración con que la honran todas las gentes.

LECCION VI.

Colocada despues en un magnífico templo que los Romanos Pontífices ennoblecieron, concediéndole para el esplendor del culto divino un Cabildo colegial, ésto aumentó sobremanera la piedad del pueblo mexicano hácia la Madre de Dios, y acuden á venerarla en gran número los pueblos, obrando el Señor por ella muchos milagros. Por lo cual, el Arzobispo de México y los demás Obispos de aquellas regiones, de acuerdo con todas las órdenes, considerándola poderosísima protectora en las calamidades públicas y privadas, la eligieron Patrona principal de toda la Nación Mexicana, y canónicamente elegida la declaró con autoridad Apostólica Benedicto XIV, concediendo que se rezara en su honor oficio y misa bajo el título de la Bienaventurada Virgen de Guadalupe. Mas Leon XIII, accediendo benignamente á las reiteradas peticiones de los Prelados Mexicanos, concedió por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos que se rezara este novísimo oficio; y decretó que con solemne pom-

pa en su nombre y por su mandato, fuese decorada con corona de oro esta imágen de la Virgen, célebre por sus milagros y por el culto que se la tributa.

LA persona de *Juan Diego*, dice Conde y Oquendo, hace papel tán principal en la Historia Guadalupana, que no puede haber lector que la mire con indiferencia, y no desee que le den algunas señas de sugeto tan venturoso. Sabido ya el modo de la aparición de la Santísima Virgen, es necesario instruirse del origen, carácter y virtud de aquel á quien quiso aparecerse. Fué natural del pueblo de *Cuautítlan*, *siete* leguas distane de México, uno de los más numerosos de este reino, al principio de la conquista: nació en el barrio de *Tlayacác*, de padres humildes, cuyos nombres se ignoran, indios de baja condición de los *Mazehuales*, que son los de servicio, y en su gentilidad llamóse *Cuauhtlactoatzin*. Cuarenta y ocho años vivió sumido en las tinieblas de la gentilidad; pero estando destinado á ver la grande luz de la fé de Jesucristo que había de rayar algun día en estos horizontes, logró entonces recibir el santo bautismo en compañía de su mujer, de mano de alguno de los doce apóstoles franciscanos, designados por Dios para la conversión de este nuevo mundo. Llamáronse *Juan Diego* y *María Lucía*.

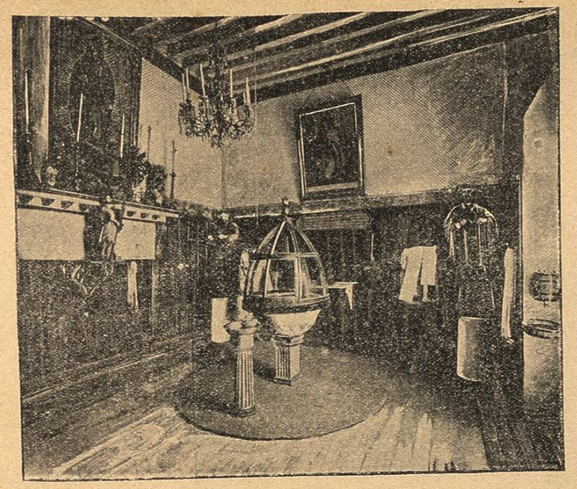
Con la gracia bautismal, se le debió entrañar de manera la devoción á la Madre de Dios, que con estar el pueblo de su domicilio llamado *Tolpetlac*, distante del de *Tlaltelolco*, que era el de su doctrina, por lo ménos más de dos leguas, madrugaba todos los sábados para oir la misa cantada de Nuestra Señora y la explicación de la doctrina cristiana, que en ese día se hacía á los neófitos. Era *Juan Diego* de condición simple y sencilla, de aquellos con quienes gusta Dios hablar, digno de oír música celestial, así como la oyeron los pastores de Belen en la noche del nacimiento de Jesucristo Nuestro Señor, y de que su Santísima Madre, no sólo le hablase en diversas ocasiones, declarándole que *convenía* que él, y *no otro*, fuese su mensajero para el Obispo; sino que le hablase y tratase con tanta dulzura y cariño, que le llamaba su *hijo muy amado*, *y regalado pequeñito*, segun consta de los coloquios tenidos en las apariciones, que han conservado las historias y cantares antiguos de los indios: lo que es argumento irrefragable del candor de su alma y pureza de conciencia.

Es tradición que, poco despues de bautizados ambos consortes, habiendo oído un sermón del venerable P. Fr. Toribio de Benavente, á quien habían puesto los indios el nombre de *Motolinia* ó el *Pobre*, en el cual, hablando de las excelencias de la virtud de la *castidad*, enseñó que ésta cabía dentro del matrimonio, hicieron propósito de guardarla; y vivieron desde entonces en perpétua abstinencia de la carne, más como hermanos, que como marido y mujer, y esta

VERDADERO RETRATO DE JUAN DIEGO.

fama fué muy pública, afirmándolo así todos cuantos comunicaron familiarmente á estos dos casados, dice Tanco.

Enviudó el año de 1529, dos ántes de la aparición de la Santísima Virgen, que le quería todavía más limpio, que lo que sufre la castidad conyugal; y desde el día en que se colocó la santa Imágen en su ermita, dejó su pueblo para siempre, y sus casas y tierras á un tío suyo; y sus mismos paisanos le fabricaron de adobes un aposentico pequeño, junto al Santuario, en donde vivió honesta y recogidamente como ermitaño, con licencia del señor Obispo Zumárraga, enteramente consagrado al servicio y culto de la Virgen, y á la provisión y aseo de la casa del vica-



HABITACIÓN DE JUAN DIEGO, ACTUALMENTE BAUTISTERIO.

rio. Barría ésta, perfumaba la iglesia, rezaba de contínuo, y conversaba familiarmente con la Santísima Virgen, como un hijo con su madre, que por eso se llamaba *Juan*. Era muy temeroso de Dios, de buena conciencia, y loables costumbres. Llamábanle el *peregrino*, porque siempre andaba solo, y sólo iba á la doctrina de Tlatelolco. Era hombre ejemplar, y amigo de que todos viviesen bien. Tenía largos ratos de oración y contemplación todos los días, en aquel modo que alcanzaba su capacidad, iluminada por aquel Dios que sabe instruir á los que le aman, ejercitándose en obras de mortificación, ayuno, disciplina, y otras de penitencia cristiana. En vida tuvo tal opinión de santidad, que cuantos iban al Santuario á pedir alguna merced á la Santísima Virgen, le ponían por intercesor, y se encomendaban á sus oraciones, y no había padre ni madre de entre los indios, que no echase á sus hijos y nietos está bendición: *Dios os haga como á Juan Diego:* de manera que el gesto de su semblante era de hombre mortificado y contrito; comulgaba, con licencia del obispo, tres veces en la semana, y así se mantuvo 17 años, hasta que murió el de 1548, ó sea el *8 Acatl*, como dice un analista indio, de 74 de edad; con que es visto haber nacido por el de 1474; murió en el mismo año el venerable Sr. Zumárraga, aunque la mujer de aquel, *María Lucía*, había fallecido el de 1529, y su tío Juan Bernardino en el de 1544, de ochenta y cuatro años, y los tres fueron sepultados en la ermita de la Virgen Santísima. Tiénese por cosa cierta entre los naturales, haberse aparecido á ambos consortes la Santísima Virgen á la hora de su muerte, recibido sus espíritus, y conducídolos al trono de su Divino Hijo. Esto consta, dice Tanco, de la segunda tradición, escrita por los naturales en su idioma, con letras de nuestro alfabeto.

La tradición señala como la habitación de Juan Diego, el sitio ocupado actualmente por el bautisterio de la llamada Parroquia. Se cree que en la sacristía de esta iglesia existe inhumado su cuerpo, y ello se deduce por una inscripción en tabla que se encontró en la bodega de la referida Parroquia, y que á la letra dice: *En este lvgar se apareció N. S. de Guadalvpe á vn indio llamado IV° Diego donde está ente^do en esta iglesia.*

Hé aquí un facsímile de esa inscripción:

INSCRIPCIÓN DE LA SEPULTURA DE JUAN DIEGO.

El Sr. Canónigo D. Manuel García Corail fué quien destinó la habitación de Juan Diego, convertida en bodega, para bautisterio y ahí colocó un retrato de tan bienaventurado varón.